

David Hernández Martínez

*Investigador postdoctoral del Departamento de Estudios Árabes
Universidad Autónoma de Madrid*

Correo: david.hernandezm@uam.es

La alianza de Estados Unidos y Arabia Saudí en el siglo XXI
La presidencia de George W. Bush, Barack Obama y Donald Trump

The United States and Saudi Arabia Alliance in the 21st Century
The Presidency of George W. Bush, Barack Obama and Donald Trump

Resumen

La alianza entre Estados Unidos y Arabia Saudí está vigente desde hace más de setenta años, pero en las últimas décadas los paradigmas sobre los que se apoya han sufrido numerosas tensiones. El Estado saudí y la Casa Saud siguen siendo importantes socios políticos y económicos de la Administración estadounidense en Oriente Medio y en el mundo musulmán, aunque las diferencias entre ambos países parecen más notorias actualmente.

Durante las presidencias de George W. Bush y Barack Obama se produjo un claro distanciamiento con su aliado árabe, debido a profundas diferencias de intereses en temas tan sensibles como la seguridad y defensa. En los primeros años de mandato de Donald Trump, las relaciones con la corona saudí parecen mejorar, aunando esfuerzos para

contrarrestar las posibles amenazas en la zona. Este artículo analiza los cambios producidos en la relación entre los dos aliados y los puntos de desencuentro en la agenda regional de ambos.

Palabras clave

Estados Unidos, Arabia Saudí, Oriente Medio, mundo musulmán, defensa.

Abstract

The alliance between the United States and Saudi Arabia has been in force for over seventy years, but the paradigms on which it based on having suffered numerous tensions in recent decades. The Saudi State and House of Saud carry on being important political and economic partners of the US Administration in the Middle East and the Muslim world, although the differences between the two countries looks like more evident nowadays.

In the course of the presidencies of George W. Bush and Barack Obama, there was a clear distancing from their Arab ally, due to the deep division of interests on issues as sensitive as security and defense. In the first years of Donald Trump's term, relations with the Saud crown seem to be better, blending efforts to counteract possible threats in the local scenery. This article analyzes the changes in the relationship between the two allies and the points of interest in the regional agenda of both.

Key words: *United States, Saudi Arabia, Middle East, Muslim world, Defense.*

Citar este artículo:

HERNÁNDEZ MARTÍNEZ, D., J.R. « La alianza de Estados Unidos y Arabia Saudí en el siglo XXI. La presidencia de George W. Bush, Barack Obama y Donald Trump».

Revista del Instituto Español de Estudios Estratégicos, número 15. 2020, pp. 43-66.

Introducción

La relación establecida entre Estados Unidos y Arabia Saudí desde 1945 es una de las alianzas más importantes de Oriente Medio e incluso de la sociedad internacional. Dos Estados con regímenes políticos tan dispares han sido capaces de preservar una complicada asociación pese a las constantes transformaciones del entorno. Aunque son determinantes las numerosas diferencias entre ambas partes existe todavía un mínimo consenso de salvaguardar los principios de la bilateralidad, que en términos generales ha reportado durante más de setenta años considerables beneficios para el Gobierno estadounidense y la monarquía saudí. Sin embargo, el siglo XXI está poniendo de relieve las profundas diferencias y dando lugar a un paulatino distanciamiento, que obliga a una redefinición de las estrategias de cada uno de ellos.

El encuentro entre la potencia norteamericana y el Estado saudí se produce por la congruencia de unos intereses concretos, que han prevalecido pese a las convulsiones y tensiones en el escenario regional. Los príncipes saudíes representan uno de los interlocutores más fiables que tiene Estados Unidos en la zona, mientras que la Casa Blanca siempre ha ejercido como el más relevante apoyo internacional de la nación árabe. Sin el tácito respaldo de Washington, la supervivencia de los Saud en el trono y su posición de liderazgo en la esfera musulmana hubiera sido menos probable. De la misma forma, sin la asistencia de Arabia Saudí, los estadounidenses no hubieran logrado consolidar la influencia de su país en ese difícil enclave, ya fuera durante la Guerra Fría como en épocas posteriores de enorme incertidumbre.

La alianza es habitualmente caracterizada como un intercambio de petróleo por seguridad militar, pero esconde unos principios más complejos y en constante evolución. Estados Unidos se aproxima a la patria saudí con el propósito de encontrar tanto un socio comercial como también un partidario político. Arabia Saudí pasa a convertirse en un privilegiado suministrador energético para la poderosa economía norteamericana, lo que le ayuda a estar entre las prioridades de la agenda internacional estadounidense. Los saudíes se valdrán de las singularidades de su modelo político y religioso para erigirse como herramienta útil capaz de contener corrientes revolucionarias en el entorno. Estas circunstancias le conducen a estar en alta sintonía con las estrategias de seguridad de las sucesivas administraciones republicanas y demócratas, que le posicionan como condición esencial para sus intereses nacionales.

La alianza con Estados Unidos tiene para el régimen de Arabia Saudí una importancia estratégica vital, que llega a ser uno de los pilares centrales sobre los que se sustenta el poder de la casa real saudí. Los dirigentes saudíes no solo encuentran en los estadounidenses a unos preferentes inversores y compradores, sino que su vínculo se encuadra dentro de la propia pervivencia de la corona Saud. En un difícil contexto local donde se suceden los conflictos y han tenido lugar traumáticos cambios de poder, la familia real ha sido capaz de convertir esta relación en un elemento garante más de la estabilidad y defensa de la monarquía. La necesidad de los estadounidenses por contar con un punto de referencia seguro y franco en el área les ha conducido a dar un inquebrantable sustento al clan familiar.

Las relaciones comienzan a complicarse a partir del 11 de septiembre de 2001, una tendencia de deterioro y desconfianza que se agudizará tras la primavera árabe. El auge del yihadismo y los ataques terroristas a escala mundial ponen el foco sobre Arabia Saudí, el wahabismo y el tipo de redes de contacto que mantienen con ciertos grupos. La cuestión del radicalismo y la seguridad abrirá una profunda grieta entre la Administración de George W. Bush y la corona saudí. La situación se volverá aún más corrosiva con la guerra de Irak en 2003 y los planes estadounidenses para Irán. El rey Abdalá no compartió la directa y beligerante estrategia planteada por la Casa Blanca, considerando que los Estados Unidos ya no son un elemento de estabilidad para la región. Los saudís se sintieron deslegitimados ante la opinión pública árabe por las acciones de la potencia estadounidense.

Las promesas de cambio en política exterior de Barack Obama tuvieron un efecto directo sobre las dinámicas regionales. El interés del presidente demócrata por acercar posturas con Irán y evitar una escalada nuclear le valdrá la oposición de sus principales aliados en la zona. Arabia Saudí no compartió los planteamientos de la diplomacia estadounidense, ya que creía que servirían para reforzar la posición del régimen iraní. El reino saudí empieza a ratificar lo que ya había sucedido años antes con Bush, puesto que la potencia estadounidense toma decisiones sin tener en cuenta a sus interlocutores más cercanos. Las revueltas árabes de 2011 y la decisión de Estados Unidos de no tomar parte activa en los conflictos de algunos países, generó un tremendo clima de inseguridad para la mayor parte de monarquías, que comprobaron que la fuerza norteamericana ya no era uno de sus más importantes valedores.

El distanciamiento entre los dos aliados parece ser reconducido bajo la presidencia de Donald Trump, que intenta revitalizar la estrecha cooperación con Arabia Saudí. La buena sintonía entre ambos gobiernos está dejando atrás más de diez años de erosión y fractura en una bilateralidad histórica. El actual mandatario estadounidense y el monarca Salmán han acercado posturas a través del reforzamiento de los ejes básicos de la alianza. En materia económica, Estados Unidos sigue siendo uno de los más importantes socios comerciales del reino. En el aspecto defensivo y «securitario», los programas de rearme y modernización de capacidades saudís están siendo apoyados en gran parte por la potencia americana. Aunque el punto principal del acercamiento entre ambas partes está siendo la congruencia de intereses políticos, sobre todo, debido a sus preocupaciones por el ascenso regional de Irán.

El artículo parte del supuesto de que los primeros lustros del siglo XXI (2001-2020) suponen un periodo determinante para la relación entre Estados Unidos y Arabia Saudí, ya que los cambios ocurridos a nivel internacional y regional, junto a las transformaciones en la política nacional de ambos países, están produciendo que los intereses de los dos aliados sean cada vez menos congruentes y compatibles. Pese a los recientes esfuerzos de Donald Trump y el rey Salmán por mejorar el clima de entendimiento y colaboración, las prioridades de los gobiernos para Oriente Medio y la esfera musulmana son en muchos puntos distintos. Las presidencias de George W. Bush (2001-2009) y Barack Obama (2009-2017) supusieron un punto de inflexión en

esta alianza, dando lugar a una serie de fallas y fricciones que obligan a redefinir el eje saudí-estadounidense.

La historia y ejes de la alianza

La relación entre Estados Unidos y Arabia Saudí representa el encuentro entre la superpotencia mundial de la segunda mitad del siglo xx y principios del XXI y uno de los referentes más relevantes de Oriente Medio y el mundo musulmán. A lo largo de más de setenta años, la bilateralidad ha ido evolucionando tanto en la forma de desarrollarse como en el contenido de la agenda común. En este amplio periodo existen momentos de estrecha colaboración y sintonía, pero también instantes de confrontación y discrepancia. La peculiaridad derivada de las presidencias de George W. Bush y Barack Obama es que el eje saudí-estadounidense parece quedar consignado en un estadio de escasa confianza mutua. Pese a los esfuerzos de Trump y el rey Salmán, la alianza comienza a mostrar limitaciones muy difíciles de superar.

El surgimiento y mantenimiento de esta coligación no puede ser comprendido en su totalidad sin atender a las circunstancias de cada país, la región y la sociedad internacional. En 1932, el príncipe saudí Abdulaziz bin Saud consigue, después de 10 años de incesantes luchas tribales, la reunificación del reino bajo una única corona. A partir de ese momento, la Casa Saud asume el control absoluto de los territorios centrales de la Península Arábiga que rodean La Meca y Medina. El Estado moderno saudí surge bajo la autoridad política del clan familiar y según los preceptos religiosos del wahabismo¹, que es una corriente minoritaria del islam que se instituye como oficial en el país². Los esfuerzos del monarca irán centrados a consolidar su poder interno y granjearse la confianza de potencias extranjeras. En este sentido, ya a finales de la década de los treinta, la monarquía comenzó a autorizar las primeras prospecciones petrolíferas a compañías británicas y estadounidenses.

Hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, el contacto con el exterior que mantendrá el reino saudí será principalmente con la metrópoli británica, cuyos protectorados se extendían por el Golfo, y algunos inversores norteamericanos que comienzan prospecciones de petróleo en la región este del país. La política internacional de Arabia Saudí comienza a cambiar drásticamente tras la reunión entre el rey Abdulaziz y el presidente Roosevelt en febrero de 1945 en el gran lago Amargo de Egipto. Los estadounidenses

1 Sobre construcción del Estado saudí y el wahabismo cabría mencionar: HOUSE, K.E. *On Saudi Arabia. Its people, past, religion, fault lines and future.* 2012; VALENTINE, S.R. *Force and fanaticism. Wahhabism in Saudi Arabia and beyond.* 2015; COMMINS, D. *The Wahhabi mission and Saudi Arabia.* 2006; MOULINE, N. *The clerics of Islam religious authority and political power in Saudi Arabia.* 2014.

2 BASKAN, Birol; WRIGHT, Steven. «Seeds of change: comparing state-religion relations in Qatar and Saudi Arabia». *Arab Studies Quarterly.* Vol 33, N.º 2. Spring 2011, pp. 96-111.

se aproximan a la Casa Saud con el propósito de acceder a la zona³. Los saudís ven en EE. UU. un polo hegemónico emergente, cuyo respaldo puede ser esencial para los intereses de la corona, que por entonces se centraban en la estabilidad interna y evitar agresiones externas. Los primeros encuentros se centrarán en el intercambio comercial a partir del petróleo y gas, las inversiones extranjeras y la transferencia tecnológica, así como la concordancia de las estrategias políticas de ambos países para la región.

El origen de la alianza radica en las necesidades securitarias de los príncipes saudís de tener aliados fuertes, que garanticen la pervivencia del régimen, y las exigencias de la creciente economía estadounidense de ampliar mercados y diversificar fuentes de suministro. Pero el inicio de la Guerra Fría pronto le va a dar un cariz más político a la relación, acelerando la congruencia de objetivos entre ambos países. Durante la década de los cincuenta, los esfuerzos sobre Oriente Medio de los presidentes Truman (1945-1953) y Eisenhower (1953-1961) se focalizaron en frenar la expansión de la influencia soviética en el entorno. Los movimientos panarabistas y la corriente liderada por Gamal Abdel Nasser en Egipto⁴ suponen una amenaza tanto para EE. UU. como para Arabia Saudí. Ambos gobiernos trabajan conjuntamente para evitar que las aspiraciones revolucionarias socaven sus fines. La emergencia en la región de las nuevas repúblicas de carácter socialista representó para la corona saudí una amenaza directa a su modelo político y social. Para Washington significó un serio peligro de perder peso en un área geoestratégica clave.

En 1953 murió el rey y fundador del Estado moderno, Abdulaziz bin Saud, sucediéndole su hijo Saud bin Abdulaziz, cuyo reinado estuvo marcado por los graves problemas económicos y las revueltas socialistas en el entorno. Fue acusado dentro de su propia familia y entre los círculos de poder saudí de cierta inoperancia y falta de liderazgo⁵. En 1964, el monarca se vio obligado a renunciar por las presiones de los estamentos políticos y religiosos. Asumió el control su hermano Faisal, quien introdujo importantes reformas en las estrategias de seguridad y exterior del reino. La lucha producida entre los príncipes saudís marcó la forma de relacionarse entre EE. UU. y Arabia Saudí, puesto que desde Washington se rechazó interferir en este tipo de cuestiones. Los estadounidenses solo demandarán a los saudís estabilidad y seguridad interna independientemente de quién esté en el poder.

El rey Faisal gobernará el país hasta su muerte en 1975. Es considerado el gran artífice de la ambiciosa política regional saudí, estableciendo los principios y objetivos que más tarde desarrollarán sus hermanos Jálid y Fahd durante los ochenta y los noventa. Bajo su reinado se produce la primera gran disonancia entre EE. UU. y Arabia Saudí

3 BOWMAN, Bradley L. «Realism and idealism: US policy toward Saudi Arabia, from the Cold War to today». *Parameters*, 35, 4. Winter 2005/2006, pp. 91-105.

4 BRONSON, Rachel. «Understanding US-Saudi relations» en Aarts, Paul; Nonneman, Gerd. (eds.). *Saudi Arabia in the balance. Political economy, society, foreign affairs*. London: Hurst Publishers. C. Hurst & Co. (Publishers) Ltd. 2006, second impression, pp. 378-380.

5 AL-RASHEED, Madawi. «Mystique of monarchy: the magic of royal succession in Saudi Arabia» en Al-Rasheed, Madawi. (ed.). *Salman's legacy. The dilemmas of a new era in Saudi Arabia*. London: Hurst & Company 2018, pp. 52-54.

debido a la guerra del Yom Kippur en 1973 y la crisis del petróleo de los meses siguientes⁶. Los saudíes tomaron el petróleo y gas no como meras fuentes de riqueza sino como recursos de poder político. Ante el vacío generado por la desaparición de Nasser, los Saud se postularon como los nuevos líderes de pueblos árabes y musulmanes, tomando como suya la causa contra Israel y dotándole de un fuerte componente religioso.

Arabia Saudí reconocía aún su fuerte dependencia política, económica y defensiva con respecto a Estados Unidos, pero utilizó la problemática situación generada tras la crisis de 1973 para intentar equilibrar la correlación de fuerzas con la potencia americana. El conflicto palestino-israelí pasaría a ser desde esa fecha, el punto de mayor contrariedad entre los dos aliados. Al final de su mandato, el presidente Nixon (1969-1974) buscó reforzar los vínculos con Arabia Saudí, al que considera un socio prioritario, quedando manifestado en la estrategia sobre los «dos pilares gemelos»⁷. El régimen del Sha de Persia y la corona de los Saud se convertían en los dos aliados fundamentales en los que se apoyaría Washington para asegurar sus intereses económicos y políticos. La Casa Blanca pretendía constituir un eje transversal de países que aísle Oriente Medio de corrientes de cambio.

La revolución iraní en 1979 supone un acontecimiento traumático para toda la región. La instauración de la República Islámica de Irán y la caída del Sha representa una amenaza directa para Arabia Saudí y EE. UU. El reino saudí tiene ante sí un nuevo régimen político y religioso cuyas ideas postulan un discurso que compiten con el ideario desplegado desde Riad. La potencia estadounidense pierde a uno de sus más estrechos aliados y debe hacer frente un Gobierno con un fuerte peso antiimperialista. Las circunstancias provocan que se refuerce los vínculos entre la Casa Saud y sus homólogos en Washington. Los dirigentes de la Casa Blanca procuran mayor atención a las necesidades de las monarquías árabes, para evitar que otro posible socio pueda verse sucumbido por las revueltas y perder capacidad de influencia.

En la década de los ochenta se producen dos acontecimientos que reforzarán los lazos entre saudíes y estadounidenses, llevando a la alianza a una dimensión de cooperación mayor. Por un lado, el presidente Jimmy Carter establece una nueva doctrina en 1980 por la que declaraba que EE. UU. recurriría a todos los medios necesarios, incluido la fuerza militar, para proteger sus intereses. Esta proclamación servía para reafirmar el compromiso de la potencia occidental en la defensa de monarquías árabes como la saudí. Por otro, la guerra en Afganistán entre las tropas soviéticas y los rebeldes muyahidines irá proyectando una dimensión internacional distinta de Arabia Saudí. El reino pasa de ser un mero muro de contención ideológico en la región para trascender a promotor y protector de corrientes islamistas, que inicialmente serán también amparadas por la Casa Blanca y el Pentágono.

6 MIRZADEGAN, Amin. «Nixon's folly. The White house and the 1970s oil price crisis». *The Yale Historical Review. An undergraduate publication*, Spring 2016, pp. 40-57.

7 FÜRTIG, Henner. «Conflict and cooperation in the Persian Gulf: the interregional order and US policy». *Middle East Journal*. Vol 61, N.º 4. Autumn 2007, pp. 627-640.

La permisividad de EE. UU. ante la política saudí de utilizar la religión para ir ganando espacio entre las comunidades del islam, dará lugar a que el liderazgo de Arabia Saudí no se limite únicamente al espacio de Oriente Medio. Los estadounidenses tienen ante sí a un aliado regional pero además a un autoproclamado referente de la esfera árabe y musulmana. La guerra entre Irak e Irán durante gran parte de los años ochenta señala al régimen de Saddam Hussein y el de los ayatolás como las grandes amenazas⁸. La creación del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) en 1981 formado por Arabia Saudí, Omán, Emiratos Árabes Unidos (EAU), Catar, Baréin y Kuwait, representa un espacio de influencia directa para Arabia Saudí, donde poder ejercer un *status* predominante, mientras que para la Casa Blanca supone un área de seguridad con dinastías favorables a su presencia en la zona.

La invasión de Kuwait en 1990 por parte del ejército de Saddam Hussein y la guerra del Golfo en 1991 se produce casi simultáneamente al desmoronamiento de la Unión Soviética. La victoria de la coalición internacional representa la consagración en ese momento de EE. UU. como la gran potencia mundial y el protector de sus aliados en Oriente Medio. Sin embargo, en Arabia Saudí los sectores más conservadores y rigoristas ponen en cuestión la relación con Washington⁹. Surge una fuerte oposición en la sociedad saudí a que tropas occidentales se instalen en el país, aunque sea para asegurar la defensa contra una posible agresión de Irán o Irak. Los príncipes saudíes se ven obligados a reformular de nuevo su alianza con el hegemón estadounidense. El reino wahabí será la única monarquía árabe del Golfo que no permitirá oficialmente el establecimiento de tropas y bases militares extranjeros en su territorio desde entonces.

A finales del siglo xx, Arabia Saudí comienza una progresiva modernización de sus capacidades militares. Tras la crisis suscitada con el régimen iraquí, la corona de los Saud percibe que es necesario mejorar su autonomía en el ámbito de la defensa y reducir la alta dependencia que tiene de EE. UU. en dicho ámbito. En este sentido, la corona saudí había relegado prácticamente desde el final de la Segunda Guerra Mundial este tipo de cuestiones al amparo militar estadounidense, centrándose casi exclusivamente en los mecanismos de seguridad interior. Esta tendencia comienza a modificarse en la década de los noventa y se traduce también en el interés de Riad por diversificar sus relaciones internacionales. Comienza un proceso de ampliación de las asociaciones comerciales y políticas, tanto en Europa como entre las economías emergentes de Asia Pacífico. La potencia estadounidense seguirá estando entre los círculos preferentes de la agenda exterior¹⁰, pero ya no será el único actor en el que se intente

8 ALLISON, Marissa. «U.S. and Iranian strategic competition: Saudi Arabia and the Gulf states». Center for Strategic & International Studies. CSIS. Burke Chair in Strategy. December 6, 2010. Disponible en <https://www.csis.org/analysis/us-and-iranian-strategic-competition-3>.

9 POLLACK, Kenneth M. «Securing the Gulf». *Foreign Affairs*. Vol. 82. Number 4. Jul- Aug 2003, pp. 2-16.

10 HERNÁNDEZ, David. *La política exterior de Arabia Saudí tras la primavera árabe en Oriente Medio. Objetivos y estrategias regionales (2011-2016)*. Tesis doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid 2019. Disponible en <https://eprints.ucm.es/51661/>.

apoyar el régimen para afianzar su poder. El siglo XXI dará comienzo a un periodo marcado por el rápido deterioro de la alianza.

La desconfianza con George W. Bush

La presidencia de George W. Bush tuvo efectos determinantes para el *statu quo* regional y en la bilateralidad con Arabia Saudí. Sus consecuencias condicionaron la visión política de Barack Obama y también la relación que tendrían los países de la zona con EE. UU. en el periodo posterior. Las medidas tomadas durante aquellos ocho años están condicionadas por la urgencia de la Casa Blanca a dar respuesta a los desafíos emergidos en el nuevo siglo. La estrategia estadounidense para Oriente Medio tendrá como efecto secundario la erosión de la alianza con el reino saudí, que dejará de confiar en su histórico socio para preservar algunos de sus intereses en el entorno. La potencia estadounidense se erigirá como un factor proactivo y transformador en la región, intentando impulsar ciertos cambios en la esfera árabe y musulmana acorde a sus intereses, aunque ello generará malestar creciente entre sus aliados.

El II S marcará la política exterior estadounidense y las prioridades en sus relaciones con la mayoría de países del área árabe¹¹. La cooperación en seguridad se constituye en piedra angular del multilateralismo implementado por parte de Washington. Se presenta un marco operativo reduccionista donde no hay margen para las ambivalencias, instituyéndose dos tipos de frentes: aliados y miembros del bloque estadounidense y los considerados como propulsores del eje del mal. Los matices y posibles discrepancias quedan subyugados por una política donde impera el criterio de EE. UU. y la defensa de unos principios que deben ser globalizados. Monarquías como Arabia Saudí quedan en una situación complicada puesto que las principales iniciativas estadounidenses para la zona contravienen algunos de sus objetivos regionales, debilitando su figura como líder árabe y musulmán.

La Administración Bush entiende que las causas del auge del yihadismo internacional derivan de la situación socio-política en Oriente Medio¹². La región pasa a convertirse en una prioridad para la propia seguridad de EE. UU. La conceptualización que se estipula es que solo una participación directa en los problemas locales puede resolver el creciente radicalismo y peligro terrorista. El paradigma tomado es a través de una guerra mundial contra el terror (GWOT siglas en inglés), cuya conceptualización quedó inicialmente reflejada en el discurso del presidente Bush «Freedom at war with fear» realizado en la Cámara de Representantes el 20 de septiembre de 2001,

11 AL-QAHTANI, Fawz. «Continuity and change in United States' foreign policy towards Gulf region after the events of September 11th, 2001. A comparative vision between the Bush and Obama administrations». REPS, Review of Economics and Political Science. Vol 4, N.º 1. 2019, pp. 2-19.

12 MARKAKIS, Dionysius. US democracy promotion in the Middle East. The pursuit of hegemony. Routledge. London: Taylor & Francis Group 2016, pp. 64-68.

donde marca que la estrategia no se limitaría exclusivamente a combatir Al Qaeda, sino que se extendería a todas las organizaciones e instituciones que amparan a este tipo de actores y que se emplearían para ello todos los recursos disponibles. El grado de implicación de cada gobierno a estas propuestas condicionará cómo sus homólogos estadounidenses se relacionen con ellos. Arabia Saudí presentará ciertos reparos a las grandes ideas que presentaron desde Washington, puesto que podrían derivar en una criminalización generalizada de las diferentes corrientes del islam, así como la irrupción militar de EE. UU. llegaría a tener efectos desestabilizadores en la región.

Los objetivos últimos de George W. Bush son los de poner fin a aquellos regímenes que puedan auspiciar a terroristas y extremistas y los que suponen una amenaza para intereses estadounidenses y aliados. Irak e Irán entran directamente en esta categorización, que les coloca en el centro de las presiones de la comunidad internacional. Los estadounidenses introducen también un axioma democrático y económico en su estrategia para la seguridad regional. La estabilidad no solamente pasa por acabar con el terrorismo y aquellos regímenes más conflictivos, al mismo tiempo, requiere mejorar la gobernanza local y facilitar modelos políticos y sociales donde prevalezcan síntesis democráticas semejantes al norteamericano¹³. Las premisas de las que parte EE. UU. atacan directamente a sistemas como el saudí, fundamentado en unas tesis ideológicas totalmente distintas.

Saudís y estadounidenses habían tenido sus diferencias en épocas anteriores, pero fueron coyunturas que se superaron y no debilitaron la alianza. Bajo la presidencia de Bush las divergencias en temas centrales no lograrán ser canalizadas e irán dando lugar a un clima de distanciamiento. El yihadismo, Palestina, la acción militar en Irak y las medidas contra Irán serán cuestiones aparentemente insalvables para ambas partes. En este sentido, la presencia de numerosos nacionales de Arabia Saudí en células terroristas, como las que atentaron el 11S, perjudicará la imagen exterior de la corona y la confianza con sus socios occidentales. Primero, el propio país y la familia real se verán amenazados por este tipo de grupos, que consideran a la monarquía un enemigo de la causa yihadista. Segundo, la política de financiación de comunidades musulmanes, mezquitas y madrasas será puesto en cuestión por EE. UU. y otros gobiernos que acusan directamente al wahabismo saudí.

La imagen del Estado de los Saud se ve seriamente perjudicada por la persistencia del yihadismo. La Administración estadounidense les presiona para que mejoren la cooperación en lucha antiterrorista y no den pábulo a facciones de dudosa reputación. El problema es que la corriente wahabita queda señalada, puesto que su discurso rigorista y conservador es acusado de servir como aliciente moral para muchos colectivos radicalizados¹⁴. El Gobierno saudí tiene frente a sí la problemática realidad de que los

13 FLORIG, Dennis. «Hegemonic overreach vs imperial overstretch». *Review of International Studies*. Tomo 36, N.º 4. Oct. 2010, pp. 1103-1119.

14 CHOKSY, Carol E.B.; Choksy, Jamsheed K. «The Saudi connection: Wahhabism and global jihad». *World Affairs Journal*. May/June 2015. Disponible en <https://yaleglobal.yale.edu/content/saudi-connection-wahhabism-and-global-jihad>.

pilares en los que se apoya su poder colisionan. Por un lado, los príncipes no pueden desprenderse del wahabismo, que representa la herramienta esencial para legitimar su autoridad. Por otro, tiene que asegurar su coligación con EE. UU., su aliado histórico y principal valedor internacional de la familia real.

Entre las figuras más relevantes del clan se produce un profundo debate en torno a su vinculación con los extractos más radicales del wahabismo y la asociación estadounidense. Emerge un bloque de príncipes Saud, liderado por Abdalá y su sobrino Mohammed bin Nayef, que aboga por ahondar en una política exterior ligada más estrechamente a EE. UU., promoviendo una serie de reformas en el sistema que faciliten paulatinamente la desvinculación de los estamentos oficiales con ese tipo de corrientes. Además, el propio yihadismo golpeará reiteradamente en territorio saudí¹⁵, como la cadena de atentados contra zonas residenciales en Riad y las sedes de compañías occidentales en mayo y noviembre de 2003. Los esfuerzos de la monarquía por combatir el terrorismo le acercarán a las tesis de la Administración Bush en la lucha antiterrorista, presentándolo no solo como una contienda entre civilizaciones, sino entre musulmanes.

No obstante, la Casa Blanca dejará de ver a su socio árabe como un baluarte de seguridad y estabilidad, quedando vinculado inevitablemente al terrorismo yihadista. El rey Abdalá perseveró durante su reinado en mejorar la colaboración y trabajo conjunto en este sentido, pero sus esfuerzos se verán frenados por los desacuerdos sobre la cuestión Palestina, Irak y el régimen de los ayatolás. El mismo monarca saudí no será capaz de sacar adelante el plan de paz o iniciativa árabe de 2002 impulsado por Arabia Saudí y respaldado mayoritariamente por la Liga Árabe¹⁶, que proponía el reconocimiento de dos Estados y la normalización de relaciones con Israel. Riad se encontrará particularmente con la oposición a tal propuesta de EE. UU., quien vincula su perspectiva sobre el problema en torno a las premisas defendidas por los ejecutivos de Ariel Sharon (2001-2006) y Ehud Ólmert (2006-2009).

El malestar por los improductivos esfuerzos de Arabia Saudí para posicionar el tema palestino en la agenda de George W. Bush crecerá con la estrategia seguida para Irak¹⁷. La corona no respaldó la acción contra Hussein porque apreciaba que los riesgos de vacío de poder en ese Estado serían perjudiciales para la región. Además, estaba la posibilidad de que Irán pudiera aprovecharse de las circunstancias para ampliar su influencia en el entorno. Más aún, los saudís no podían respaldar tal injerencia ante la opinión pública árabe, que se mostraba en su mayoría en contra de tal acción tachada de imperialista.

15 HEGGHAMMER, Thomas. «Islamist violence and regime stability in Saudi Arabia». *International Affairs* 84: 4. 2008, pp. 701-715.

16 BLANCHARD, Christopher M. «Saudi Arabia: background and U.S. relations» en CRS Report for Congress. April 22, 2016. Congressional Research Service. The library of Congress. Disponible en <https://apps.dtic.mil/dtic/tr/fulltext/u2/1017814.pdf>.

17 BAXTER, Kylie; AKBARZADEH, Shahram. *U.S. foreign policy in the Middle East. The roots of anti-americanism*. London: Routledge, Taylor & Francis Group 2008, pp. 170-172.

Los dirigentes saudí se encontraron de nuevo ante la tesitura de tener que equilibrar los objetivos de su discurso arabista y sunita con la pervivencia de alianza estadounidense, poniendo de relieve las contradicciones de su programa político y religioso.

La desconfianza se amplió hasta abarcar el programa energético iraní. Ambos gobiernos compartían la preocupación porque Irán propiciara una carrera nuclear, sin embargo, desde Riad no se quería que la violencia pudiera trasladarse a más territorios, como había ocurrido en Irak tras la desastrosa posguerra. Estas circunstancias, llevaron a la monarquía a desvincularse de la agresiva política de la presidencia de Bush, propiciando un *détente* con sus homólogos persas, simplemente con el propósito de rebajar la tensión en el escenario local¹⁸. La credibilidad que los saudí habían dado a la potencia americana durante tanto tiempo quedó en entredicho. Para la corona, EE. UU. había dejado de ser un resorte de certidumbre y estabilidad con su comportamiento discrecional y preponderante.

El distanciamiento con Barack Obama

La relación estaba en un punto muy bajo cuando el presidente demócrata sucede en el cargo a Bush. Arabia Saudí había dejado de confiar en sus aliados norteamericanos por la agresividad y unilateralidad con la que habían actuado en Irak y sobre Irán. En los círculos de poder de Washington quedó una imagen deteriorada de la corona saudí, que se asociaba al radicalismo yihadista y el autoritarismo político. El rey Abdalá pensó que la bilateralidad podría volver a retornarse hacia cauces positivos con el nuevo dirigente, pero pronto la realidad mostró que EE. UU. y el reino seguían estando en planos políticos totalmente distintos. Las discrepancias tornarán sobre dos temas fundamentales en la región: Irán y la primavera árabe, que marcarán un devenir de numerosos desencuentros y tensiones crecientes entre los dos.

Barack Obama plantea una doctrina alejada en sus premisas ideológicas de las decisiones tomadas por George W. Bush, pero con respecto a Arabia Saudí tendrá algunas coincidencias. El dirigente estadounidense se diferencia de su antecesor en la manera de atajar el problema del terrorismo, la relevancia que da a Oriente Medio en su política exterior y el tipo de liderazgo que busca desarrollar. La GWOT queda excluida y la Casa Blanca plantea en ese momento un repliegue de sus fuerzas militares en enclaves como Afganistán e Irak. La diplomacia estadounidense comienza a centrar su atención en Asia Pacífica¹⁹, que es apreciada como la región clave para los principales objetivos

18 OTTAWAY, Marina. «Iran, the United States, and the Gulf: the elusive regional policy» en Carnegie Papers. Middle East Program. Carnegie Endowment for International Peace, Number 105. November 2009. Disponible en https://carnegieendowment.org/files/iran_us_gulfi.pdf.

19 KITCHEN, Nicholas. «The contradictions of hegemony: the United States and the Arab Spring». Kitchen, Nicholas. (ed.). After the Arab Spring. Power shift in the Middle East? LSE Ideas special report. SROI, May 2012. Disponible en <http://www.lse.ac.uk/ideas/Assets/Documents/reports/LSE-IDEAS-After-the-Arab-Spring.pdf>.

económicos, políticos y securitarios de EE. UU. a nivel internacional. La inclinación hegemónica y predominante de la anterior Administración da paso a una acción exterior que busca espacios de diálogo, que permitan rebajar las tensiones y reducir el desgaste para el liderazgo de EE. UU.

El discurso de Obama en la Universidad de El Cairo en 2009 reflejaba el tipo de compromisos que el ejecutivo estadounidense estaba dispuesto a asumir en la zona²⁰. El mandatario quería dejar de lado el carácter beligerante de la estrategia de Bush para enfocar nuevas vías de trabajo. El multilateralismo hegemónico de su antecesor solo había conducido a empeorar los niveles de inseguridad e inestabilidad en Oriente Medio. Era necesario rebajar la presión sobre Irán para poder mejorar los márgenes de confianza. Este enfoque recibió la aprobación de gran parte de sus aliados árabes, aunque la posibilidad de diálogo con el régimen de los ayatolás levantó las suspicacias en gobiernos como el saudí, que ante todo querían evitar que Irán volviera a ser un actor relevante en el entorno.

La Primavera Árabe obliga a Barack Obama a revisar los principios de su doctrina. EE. UU. no iba a interferir en los asuntos internos de los países de la zona ni tampoco impulsar transformaciones políticas como ocurrió en el pasado. Pero las movilizaciones multitudinarias en países como Egipto, Siria o Libia ponen a los estadounidenses frente a la tesitura de tener que redefinir su rol en el nuevo contexto²¹. Las dudas estadounidenses se concentraron en decidir qué grado de responsabilidad debían asumir. En el caso egipcio si debería seguir apoyando al régimen aliado o atender a las demandas democráticas. En el territorio sirio o libio qué tipo de soporte tendría que brindar a los opositores y hasta qué punto estaría dispuesto a participar en estos conflictos. La respuesta que da a cada uno de estos frentes resultará ciertamente decepcionante para Arabia Saudí y la mayoría de aliados árabes.

La confianza estadounidense sobre Arabia Saudí estaba ya deteriorada por las sospechas sobre yihadismo, a lo que se unirán los recelos de la Administración Obama de revitalizar la alianza con Riad²², ya que dejaban de percibirlo como un elemento de certidumbre y seguridad para la región. La labor ejercida durante décadas como muro de contención por parte del reino habían dejado de tener sentido. La utilidad de sostener a una monarquía de esas características comenzó a ser cuestionada. Los príncipes saudís actuaron en términos generales como elementos contrarrevolucionarios en 2011, pero no lograron estabilizar por completo la región, por lo que ya no eran tan imprescindibles. Su apoyo a determinadas

20 TOVAR, Juan. «¿Una estrategia coherente para una región en cambio? La política exterior de la Administración Obama y la Primavera Árabe». UNISCI Discussion Papers, N.º 36. Octubre/October 2014, pp. 29-50.

21 GERGES, Fawaz A. *The end of America's momento? Obama and the Middle East*. New York: Palgrave Macmillan 2012, pp. 108-109.

22 GOLDBERG, Jeffrey. «The Obama doctrine. The U.S. president talks through his hardest decisions about America's role in the world». *The Atlantic*. April 2016 ISSUE. Disponible en <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2016/04/the-obama-doctrine/471525/>.

facciones en territorio libio y sirio colocó en una situación incómoda a sus aliados estadounidenses. La Casa Blanca no quería ligar su política regional a las premisas saudí ni respaldar a determinados actores cuyos fines estaban totalmente alejados de los objetivos de EE. UU., que se centraron tras la Primavera Árabe en intentar reducir los niveles de conflictividad en la zona y evitar el auge de las corrientes religiosas y políticas más radicales.

Obama terminará asumiendo la misma línea que Bush sobre el asunto saudí. El presidente intentará limitar al máximo la relación con la monarquía ante el tenor de los acontecimientos, evitando la ruptura absoluta pero sin condicionar su política exterior a las acciones saudí. El rey Abdalá también impulsará un cierto distanciamiento de la esfera estadounidense debido a que la estrategia de EE. UU. le resulta insuficiente. Hay tres momentos que reafirmarán a los príncipes Saud en la urgencia de emprender acciones independientes. La caída de Mubarak en Egipto en febrero del 2011, el recrudecimiento del conflicto en Siria a partir del 2012 y el acuerdo sobre el programa nuclear iraní en 2015, son las cuestiones centrales que separan a Arabia Saudí de las decisiones e intereses de Washington. Se produce una fractura de la bilateralidad porque ambas partes dejan de considerar al otro como pieza indispensable de estabilidad regional y como aliado preferente en los temas más relevantes.

La destitución de Mubarak establece un extraordinario y traumático precedente para las monarquías árabes. EE. UU. decidió no actuar a favor de un histórico aliado, lo que generó que en el resto de regímenes temieran llegar a tener un final político parecido²³. Arabia Saudí comprobó que la alianza con la potencia estadounidense ya no era una garantía de protección para el clan Saud, lo que implica que uno de los principios originales de la alianza entre los dos países dejaba de cumplirse, ya que Washington parecía no asegurar la seguridad de su socio. La monarquía saudí definitivamente ya no puede esperar el respaldo completo de la Casa Blanca, por lo que acelera sus planes para mejorar sus medios y capacidades en ámbitos «securitarios». El propósito final de la estrategia saudí es el de minimizar la dependencia política y defensiva que seguía teniendo con respecto a la potencia estadounidense, presentando al reino como una potencia cada vez más autónoma.

Las diferencias de posiciones en cuanto a las crisis derivadas de la primavera árabe también se traducen a las guerras en Libia y Siria. En un principio ambos gobiernos compartían el interés de favorecer la caída del régimen de Gadafi y Al Asad, que habían sido durante décadas dos fuertes polos críticos con la presencia occidental y la hegemonía saudí. Sin embargo, las contradicciones se manifestaron a la hora de cómo atender a los grupos opositores. El ataque al consulado de EE. UU. en Bengasi en 2012 por parte de facciones salafistas libias aumentó la moderación de Washington en su implicación con las revueltas²⁴, mientras Arabia Saudí destacó por su decidido apoyo a bandos rebeldes, que estuvieran en consonancia con el discurso wahabita. La disimi-

23 QUANDT, William B. «U.S. Policy and the Arab revolutions of 2011». Gerges, Fawaz A. (ed.). *The New Middle East. Protest and revolution in the Arab World*. New York: Cambridge University Press 2014, pp. 422-424.

24 HUBER, Daniela. «A pragmatic actor- The US response to the Arab Uprisings». *Journal of European Integration*. 37 (1). 2014, pp. 57-75.

litud de prioridades entre los dos aliados supuso que se desarrollaran planes de acción por separado y sin apenas colaboración.

El verdadero asunto que fracturó la alianza entre EE. UU. y Arabia Saudí fue el acuerdo nuclear con Irán de julio de 2015. Los saudís habían rechazado inicialmente una acción violenta contra el Estado iraní como pretendía Bush, ya que eso podría suponer más inestabilidad en el entorno. Sin embargo, la monarquía árabe tampoco quería que el diálogo entre las potencias extranjeras y el régimen de los ayatolas sirviera a Teherán para reforzar su *status* de actor preponderante en la región²⁵, debilitando directamente el liderazgo saudí. El pacto finalmente firmado concedía tácitamente un reconocimiento especial a los iraníes, excluyendo de la solución del conflicto al resto de países vecinos. Los dirigentes saudís cambian de perspectiva al respecto y comenzarán a presionar para que se produzca un viraje en la posición estadounidense, estableciendo una sorprendente conexión con el ejecutivo israelí de Netanyahu, que era muy crítico con el aproximamiento hacia Teherán.

La desavenencia entre los dos polos estará presente en los primeros meses del reinado de Salmán y el último año de Obama en la presidencia. El nuevo monarca y el príncipe heredero Mohammed bin Salman intentan ser más resolutivos en su política exterior, contraviniendo las decisiones emprendidas por sus homólogos norteamericanos en la región. La ausencia de los dirigentes saudís en el encuentro entre las monarquías del Golfo con su aliado estadounidense en Camp David en 2015²⁶, manifestó la antagónica brecha que separa a los dos países. En septiembre de 2016, el Congreso de EE. UU. ratificó la ley aprobada en el Senado en mayo del mismo año, que permitía a las víctimas de los atentados del 11S denunciar ante los tribunales a cualquier organización o Estado acusado de amparar el terrorismo. La Casa Blanca se opuso a esta medida consciente de que perjudicaría aún más las relaciones con la Casa Saud, sin embargo, la coyuntura política en ambos países confirmaba que la alianza entre el Estado saudí y la potencia americana quedaba muy debilitada.

El reencuentro con Donald Trump

Durante la campaña electoral de 2008, Barack Obama aseguró que introduciría importantes modificaciones en la política exterior estadounidense, dejando atrás los planteamientos más polémicos de George W. Bush. Al llegar a la Casa Blanca, el presidente demócrata intentó variar la estrategia heredada de su antecesor en el cargo, aunque la Primavera Árabe delimitó algunas de sus premisas para la región. En las

25 WEHREY, Frederic. «Saudi-US discord in a changing Middle East». Research Paper. Arab Center for Research & Policy Studies. July 2015. Disponible en https://www.dohainstitute.org/en/lists/ACRPS-PDFDocumentLibrary/SaudiUS_Discord_in_a_Changing_Middle_East.pdf.

26 LEGRANZI, Matteo. «Shaking things up: Gulf security after the Iran deal». INSSSL Defence Review. Published by: Institute of National Security Studies Sri Lanka 2017. Disponible en <http://www.nesa-center.org/wp-content/uploads/2017/02/Defencereview.pdf#page=51>.

elecciones de 2016, Donald Trump se mostró muy crítico con la acción internacional de los anteriores dirigentes, poniendo especial énfasis en la cuestión de Irán y en la lucha antiterrorista. EE. UU. ha sido incapaz de mantener un programa coherente y duradero para Oriente Medio, ya que ha estado sometido a los condicionantes ideológicos y a las percepciones de amenazas según cada administración.

Las profundas modificaciones en el modo de actuación entre los tres presidentes generan que la marca nacional quede tachada como impredecible y volátil. Los aliados árabes y Arabia Saudí se han visto obligados a formular nuevas estrategias que no sean tan dependientes de la variable de EE. UU., restringiendo los temas de cooperación entre las dos partes²⁷, puesto que no existe nivel de seguridad de saber cuál es el tipo de compromiso y participación que tomará la potencia americana. La ambivalencia desprendida desde Washington en cuanto a su involucración en las dinámicas regionales tiene como resultado directo una mayor independencia de acción para los regímenes. Tanto los actores más contrarios a la hegemonía estadounidense como sus principales socios, encuentran menos límites para emprender sus propias iniciativas sin tener en cuenta la respuesta americana.

Para Bush las prioridades en Oriente Medio fueron la lucha antiterrorista y derrocar aquellos regímenes que suponían una amenaza para la seguridad regional. Puso su foco en las redes de Al Qaeda y el radicalismo religioso, en la caída de Saddam Hussein y la exclusión de la República Islámica de Irán. Para Barack Obama la estabilidad pasaba por llegar a mínimos acuerdos con los iraníes, frenar las tensiones sectarias en territorio iraquí y formular un tipo de cooperación política que hiciera a todos los Estados partícipes de las posibles soluciones²⁸. La dicotomía entre las dos doctrinas estaba en el rol que debía asumir el poder estadounidense. EE. UU. actuó como inductor preponderante de la agenda local hasta 2008. Con el cambio de gobierno intentó reivindicar una figura más consensual y flexible, que ayudara a rebajar tensiones, restringiendo su presencia y los puntos de acción.

Donald Trump pretende enmendar las señas más elementales de la política llevada a cabo anteriormente, pero ciertos componentes de su perspectiva se ven influenciados por el trabajo realizado por los otros dos presidentes. El actual dirigente asume el enfoque de la estrategia Bush a la hora de hacer frente a los principales problemas regionales, infringiendo la necesidad de que EE. UU. desempeñe un papel proactivo y enérgico en asuntos como el iraní, para hacer valer su posición de fuerza sobre el resto²⁹. A pesar de sus reticencias para con Barack Obama, también está recogiendo una visión más limitada de los temas a los que tiene que hacer frente el Gobierno estadounidense,

27 MASON, Robert. «Back to realism for an enduring U.S.-Saudi relationship». *Middle East Policy*, Vol. XXI, N.º 4. Winter 2014, pp. 32-44.

28 BRANDS, Hal. «Barack Obama and the dilemmas of American Grand Strategy». *The Washington Quarterly*, 39:4. Winter 2017, pp. 101-125.

29 KRIEG, Andres. «Trump and the Middle East: 'Barking dogs seldom bite'». *Insight Turkey*, Tomo 19, N.º 3. Summer 2017, pp. 139-158.

dejando mayores cotas de autonomía a sus principales aliados en asuntos de Oriente Medio que no considera primordiales.

Las relaciones entre Arabia Saudí y EE. UU. vuelven a un clima de cercanía durante la presidencia de Trump, dejando atrás las contradicciones surgidas con Bush y Obama³⁰. El rey Salmán y el príncipe Mohammed bin Salmán habían iniciado su reinado con una fuerte oposición a la política regional estadounidense, pero sus críticas quedarán relegadas al comprobar que bajo la nueva Administración la agenda era parecida. El objetivo de los saudís será ahora el sostener una alianza estrecha con la Casa Blanca en asuntos muy concretos, mientras que no demandará una implicación más elevada de su socio en otras cuestiones. Desde Washington se persigue estabilizar un nuevo eje regional con Israel, Egipto y monarquías árabes para hacer frente a retos que afectan por igual a todos, alimentando la polarización de la zona entre una parte afín y la corriente más iraní.

La alianza vuelve a reactivarse sobre dos pilares transcendentales: status político y seguridad. Una de las primeras visitas oficiales al extranjero que realizó Donald Trump fue al reino saudí en mayo de 2017, que permitió cerrar diversos contratos de defensa entre los dos países. En este sentido, la nueva Administración estadounidense reafirmaba a la Casa Saud como uno de sus interlocutores preferentes en el mundo árabe, mientras Riad recuperaba el apoyo de Washington a su estrategia regional. El rey Salmán y Mohammed bin Salman han logrado que EE. UU. siga siendo el más importante valedor internacional de la corona y su política exterior. Las reformas emprendidas por el joven príncipe tienen en la Casa Blanca un claro soporte, a pesar de las polémicas surgidas recientemente³¹. La potencia americana ya no solo ampara a la institución de la familia real al completo, además respalda específicamente el ascenso del hijo del rey y sus más importantes iniciativas, como son sus planes de reforma vehiculizados en el Plan Saudi Vision 2030 y sus acciones en el ámbito local, ya sea la guerra en Yemen o la beligerancia hacia el polo iraní.

La congruencia de intereses en el ámbito de la seguridad se manifiesta de nuevo por la amenaza iraní. Donald Trump recupera la presunción de que la estabilidad en Oriente Medio no estará garantizada completamente si persiste en sus planes un régimen de las características de Irán. Este tipo de proposición le lleva a coaligarse con los requerimientos del ejecutivo de Netanyahu y las presiones de sus socios saudís³². La Casa Blanca y la corona de Arabia Saudí retornan a un trabajo conjunto y periódico

30 AL-RASHEED, Madawi. «King Salman and his son: winning the USE, losing the rest». Al-Rasheed, Madawi (ed.). *Salman's legacy. The dilemmas of a new era in Saudi Arabia*. London: Hurst & Company 2018, pp. 236-238.

31 LIPPMAN, Thomas W.; Cole, Juan. «U.S.-Saudi relations in the Era of Trump and Mohammed bin Salman» en *Washington Report on Middle East Affairs*. January/February 2019. Disponible en <https://www.wrmea.org/2019-january-february/what-now-for-u.s.-foreign-policy-and-the-crown-prince.html>.

32 COOK, Steven A. «The Middle East is now split between red states and blue states» en *Foreign Policy*. July 8, 2019. Disponible en <https://foreignpolicy.com/2019/07/08/the-middle-east-is-now-split-between-red-states-and-blue-states/>.

debido a que creen compartir un mismo enemigo, estimando por igual la forma de afrontar a las vicisitudes de esta compleja realidad. El aumento de la presión sobre la nación iraní supone para EE. UU. una vía con la que reafirmar su autoridad y debilitar a un gobierno crítico, en el caso de los saudíes quieren con ello reducir los márgenes de influencia chiitas y volver a erigirse como el único referente destacado.

La connivencia entre los planes de Trump y los del rey Salmán se limitan exclusivamente al desgaste del poder iraní, mientras que otros aspectos notables de las dinámicas regionales quedan apartados. Los príncipes saudíes como los diplomáticos estadounidenses intentan soslayar aquellos contenidos que pueden generar fricciones entre las dos partes como puede ser la guerra en Siria, el conflicto palestino-israelí o la intervención en Yemen. La alianza está paulatinamente transformándose en una suerte de coalición *ad hoc* que solo opera sobre asuntos puntuales. El propósito de los dos Estados es recuperar un entorno favorable de cooperación, pero la evolución propia de las circunstancias locales e internacionales hace que el reino saudí y la potencia anglosajona sean cada vez menos dependientes uno del otro.

Conclusión

La alianza entre Estados Unidos y Arabia Saudí ha estado asentada en un marco común de intereses y percepciones, que queda quebrado en algunos ámbitos a partir de las presidencias de George W. Bush y Barack Obama. El acercamiento estadounidense al naciente reino saudí después de la Segunda Guerra Mundial se produjo como respuesta a una necesidad. La potencia americana tenía que establecer aliados en la zona, que le sirvieran para garantizar suministros a su economía y también contener la expansión comunista. La Casa Saud vio entonces una oportunidad para reforzar su presencia internacional y salvaguardar el régimen a través de la asistencia extranjera. La bilateralidad se ha desarrollado intentando responder a los objetivos de cada parte y bajo el principio de máxima confianza y ayuda mutua.

Las circunstancias internacionales y regionales favorecieron durante más de cincuenta años la estrecha vinculación en el eje saudí-estadounidense, fundamentado en la cooperación económica, política y de defensa. Los conflictos, revoluciones y transformaciones acaecidas en Oriente Medio fueron comprendidos de una manera similar por parte de ambos países. Pero los más significativos acontecimientos de principios del siglo XXI han puesto de manifiesto las divergencias en puntos esenciales. El reino saudí y EE. UU. ya no perciben de igual manera los riesgos, amenazas y oportunidades en el entorno, generando que sus necesidades ya no tengan tanta similitud e induciendo a un alejamiento de prioridades. Para la Casa Blanca los socios saudíes dejan de ser un aliado preferencial, mientras que la Casa Saud busca diversificar sus relaciones y reducir su dependencia en el ámbito exterior.

El impulso que se está dando a la relación bajo la presidencia de Donald Trump no va a conseguir revertir los años anteriores de desconfianza y recelo. La actual Administración estadounidense comparte un mismo enfoque político que el reino saudí

en cuanto a ciertos problemas regionales se refiere. Los dos homólogos tienen puesta su atención en Irán y comparten la misma percepción de preocupación al respecto. Sin embargo, la trayectoria de la política exterior estadounidense es la de ir centrando cada vez mayores esfuerzos en otros puntos del mundo, reduciendo su presencia en Oriente Medio. De hecho, la visión aislacionista de los actuales dirigentes norteamericanos confirma la inclinación en Washington por no involucrarse tan intensamente en los problemas locales. El único elemento que impulsa la renovada cooperación es el asunto iraní y enmendar la anterior doctrina de Obama.

El rey Salmán y el príncipe heredero Mohammed bin Salman tienen un importante apoyo a su política exterior en el Gobierno de EE. UU., aunque se da con ciertos matices y siempre ligado a la concentración de fuerzas en la amenaza común que es el régimen de los ayatolás. Los estadounidenses no han puesto impedimentos a la acción militar saudí en Yemen, al bloqueo establecido en Catar o a sus injerencias en la política interna de Líbano o Irak, pero tampoco han hecho suya la agenda regional de Arabia Saudí. La actual Administración estadounidense no le preocupa tanto los focos de inestabilidad o el tipo de orden local que pueda llegar a establecerse, sino reducir la influencia de Irán en las proximidades. Los príncipes saudís continúan reforzando la independencia de su política exterior ante la permisividad de la potencia norteamericana, que prefiere no dañar la buena sintonía recuperada recientemente.

Las diferencias entre los tres presidentes estadounidenses con respecto a Arabia Saudí radican tanto en el contenido como en las formas. Para Bush, la alianza con las monarquías árabes y la corona saudí versaba bajo el principio de subsidiaridad, por el cual EE. UU. emprendía una serie de acciones en la región a la que el resto de países debían unirse. El consenso y la búsqueda de posiciones comunes quedaban relegados a un segundo plano, ya que lo que se pretendía aplicar era un multilateralismo hegemónico donde el resto de actores tenían que adaptar sus premisas a los intereses de Washington. Además, la estrategia del entonces mandatario recogía reforzar la presión sobre los saudís y el resto de socios en temas tan sensibles como la seguridad, lucha antiterrorista o principios democráticos. La Casa Blanca creía que solo con la intervención directa iba a lograr acabar con las amenazas.

Barack Obama plantea una doctrina totalmente distinta para los países de Oriente Medio y el mundo musulmán, incluyendo a Arabia Saudí. El presidente demócrata intenta abandonar la presunción hegemónica imperante en su antecesor para decantarse por un talente más conciliador y dialogante. El propósito no es otro que recuperar la confianza con sus aliados árabes y favorecer márgenes de seguridad en el entorno. El problema saudí surge porque la Administración estadounidense durante esos años no se sintió del todo cómoda bajo el mandato de Abdalá y el inicio del rey Salmán. El enfoque tan inflexible y autoritario propuesto por los príncipes saudís no encajaba en las coordenadas programáticas de EE. UU., que defendían una perspectiva más cooperante y adaptativa a las nuevas circunstancias. La potencia americana concibe a la monarquía saudí como un punto de inestabilidad.

Donald Trump aparece en un momento en el que el eje saudí-estadounidense se encontraba en una situación muy delicada. Las acciones del Gobierno de Bush ha-

bían supuesto que la mayoría de regímenes árabes dejaran de ver a EE. UU. como un soporte de seguridad regional. Las diferencias entre Obama y sus homólogos saudís provocaron que desde Washington se percibiera cada vez más al reino wahabita como un elemento de distorsión y desequilibrio. El nuevo dirigente decide dejar atrás estas presunciones y recuperar la confianza de ambas partes bajo la cooperación en puntos comunes, como la estrategia a seguir con respecto a Irán y en los principales conflictos locales. La síntesis de su acción con Arabia Saudí es poner toda la atención en aquellos ámbitos donde pueden obtener grandes réditos si cooperan, dejando de lado los temas en que puedan surgir diferencias. Se pasa a una nueva fase donde se delimita el trasfondo de la alianza para conseguir que perviva.

El resultado más evidente de los problemas surgidos entre los dos países es que Arabia Saudí ha adquirido una mayor independencia en su política exterior, mientras EE. UU. ha perdido capacidad de influencia dentro de los círculos de poder saudís. La bilateralidad sigue estando vigente porque ambos Estados aún se necesitan para afrontar retos que les afectan, pero la naturaleza de la relación se ha visto totalmente alterada. Por una parte, Oriente Medio y el reino saudí no son ya una de las grandes preocupaciones de la diplomacia estadounidense. Por otra, la potencia americana está dejando de tener un protagonismo especial en las estrategias saudís, quien tiene menos en cuenta a su histórico aliado. La familia Saud intenta salvaguardar su status de líderes regionales ya sin la protección estadounidense.

Bibliografía

- ALLISON, Marissa. «U.S. and Iranian strategic competition: Saudi Arabia and the Gulf states» en *Center for Strategic & International Studies. CSIS. Burke Chair in Strategy*. December 6, 2010. Disponible en <https://www.csis.org/analysis/us-and-iranian-strategic-competition-3>.
- AL-QAHTANI, Fawz. «Continuity and change in United States' foreign policy towards Gulf region after the events of September 11th, 2001. A comparative vision between the Bush and Obama administrations» en *REPS, Review of Economics and Political Science*. Vol 4, N.º 1. 2019, pp. 2-19.
- AL-RASHEED, Madawi. «Mystique of monarchy: the magic of royal succession in Saudi Arabia» en Al-Rasheed, Madawi (ed.). *Salman's legacy. The dilemmas of a new era in Saudi Arabia* London: Hurst & Company 2018.
- AL-RASHEED, Madawi. «King Salman and his son: winning the USE, losing the rest» en Al-Rasheed, Madawi (ed.). *Salman's legacy. The dilemmas of a new era in Saudi Arabia*. London: Hurst & Company 2018.
- BASKAN, Birol; WRIGHT, Steven. «Seeds of change: comparing state-religion relations in Qatar and Saudi Arabia» en *Arab Studies Quarterly*. Vol 33, Number 2. Spring 2011, pp. 96-111.

- BAXTER, Kylie; AKBARZADEH, Shahram. *U.S. foreign policy in the Middle East. The roots of anti-americanism*. London: Routledge, Taylor & Francis Group 2008.
- BLANCHARD, Christopher M. «Saudi Arabia: background and U.S. relations» en *CRS Report for Congress*. April 22, 2016. Congressional Research Service. The library of Congress. Disponible en <https://apps.dtic.mil/dtic/tr/fulltext/u2/1017814.pdf>.
- BOWMAN, Bradley L. «Realism and idealism: US policy toward Saudi Arabia, from the Cold War to today» en *Parameters*, 35, 4. Winter 2005/2006, pp. 91-105.
- BRANDS, Hal. «Barack Obama and the dilemmas of American Grand Strategy» en *The Washington Quarterly*, 39:4. Winter 2017, pp. 101-125.
- BRONSON, Rachel. «Understanding US-Saudi relations» en Aarts, Paul y Nonneman, Gerd (eds.). *Saudi Arabia in the balance. Political economy, society, foreign affairs*. London: Hurst Publishers. C. Hurst & Co. (Publishers) Ltd. 2006. Second impression.
- CHOKSY, Carol E. B.; CHOKSY, Jamsheed K. «The Saudi connection: Wahhabism and global jihad» en *World Affairs Journal*. May/June 2015. Disponible en <https://yaleglobal.yale.edu/content/saudi-connection-wahhabism-and-global-jihad>.
- COOK, Steven A. «The Middle East is now split between red states and blue states» en *Foreign Policy*. July 8, 2019. Disponible en <https://foreignpolicy.com/2019/07/08/the-middle-east-is-now-split-between-red-states-and-blue-states/>.
- FLORIG, Dennis. «Hegemonic overreach vs imperial overstretch» en *Review of International Studies*. Tomo 36, N.º 4. Oct. 2010, pp. 1103-1119.
- FÜRTIG, Henner. «Conflict and cooperation in the Persian Gulf: the interregional order and US policy» en *Middle East Journal*. Vol 61, N.º 4. Autumn, 2007, pp. 627-640.
- GERGES, Fawaz A. *The end of America's momento? Obama and the Middle East*. New York: Palgrave Macmillan 2012.
- GOLDBERG, Jeffrey. «The Obama doctrine. The U.S. president talks through his hardest decisions about America's role in the world» en *The Atlantic*. April 2016 ISSUE. Disponible en <https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2016/04/the-obama-doctrine/471525/>.
- HEGGHAMMER, Thomas. «Islamist violence and regime stability in Saudi Arabia» en *International Affairs* 84: 4. 2008, pp. 701-715. DOI <https://doi.org/10.1111/j.1468-2346.2008.00733.x>.
- HERNÁNDEZ, David. *La política exterior de Arabia Saudí tras la primavera árabe en Oriente Medio. Objetivos y estrategias regionales (2011-2016)*. Tesis doctoral. Madrid: Universidad Complutense de Madrid 2019. Disponible en <https://eprints.ucm.es/51661/>.

- HUBER, Daniela. «A pragmatic actor- The US response to the Arab Uprisings» en *Journal of European Integration* 37 (1). 2014, pp. 57-75. DOI <https://doi.org/10.1080/07036337.2014.975989>.
- KITCHEN, Nicholas. «The contradictions of hegemony: the United States and the Arab Spring» en Kitchen, Nicholas (ed.). *After the Arab Spring. Powerd shift in the Middle East?* LSE Ideas special report. SRO11, May 2012. Disponible en <http://www.lse.ac.uk/ideas/Assets/Documents/reports/LSE-IDEAS-After-the-Arab-Spring.pdf>.
- KRIEG, Andres. «Trump and the Middle East: ‘Barking dogs seldom bite’» en *Insight Turkey*. Tomo 19, N.º 3. Summer 2017, pp. 139-158. DOI [10.25253/99.2017193.07](https://doi.org/10.25253/99.2017193.07).
- LEGRANZI, Matteo. «Shaking things up: Gulf security after the Iran deal» en *INSSSL Defence Review*. Published by: Institute of National Security Studies Sri Lanka 2017. Disponible en <http://www.nesa-center.org/wp-content/uploads/2017/02/Defencereview.pdf#page=51>.
- LIPPMAN, Thomas W.; COLE, Juan. «U.S.-Saudi relations in the Era of Trump and Mohammed bin Salman» en *Washington Report on Middle East Affairs*. January/February 2019. Disponible en <https://www.wrmea.org/2019-january-february/what-now-for-u.s.-foreign-policy-and-the-crown-prince.html>.
- MARKAKIS, Dionysius. *US democracy promotion in the Middle East. The pursuit of hegemony*. London: Routledge, Taylor & Francis Group 2016.
- MASON, Robert. «Back to realism for an enduring U.S.-Saudi relationship» en *Middle East Policy*, Vol. XXI, N.º 4. Winter 2014, pp. 32-44.
- MIRZADEGAN, Amin. «Nixon’s folly. The White house and the 1970s oil price crisis» en *The Yale Historical Review*. An undergraduate publication, Spring 2016, pp. 40-57.
- OTTAWAY, Marina. «Iran, the United States, and the Gulf: the elusive regional policy» en *Carnegie Papers. Middle East Program. Carnegie Endowment for International Peace* Number 105. November 2009. Disponible en https://carnegieendowment.org/files/iran_us_gulfi.pdf.
- POLLACK, Kenneth M. «Securing the Gulf» en *Foreign Affairs* Vol, 82. Number 4. Jul- Aug 2003, pp. 2-16.
- QUANDT, William B. «U.S. Policy and the Arab revolutions of 2011» en Gerges, Fawaz A. (ed.). *The New Middle East. Protest and revolution in the Arab World*. New York: Cambridge University Press 2014.
- TOVAR, Juan. «¿Una estrategia coherente para una región en cambio? La política exterior de la Administración Obama y la Primavera Árabe». En *UNISCI Discussion Papers*, N.º 36. Octubre/October 2014, pp. 29-50.

WEHREY, Frederic. «Saudi-US discord in a changing Middle East» en *Research Paper*. Arab Center for Research & Policy Studies, July 2015. Disponible en https://www.dohainstitute.org/en/lists/ACRPS-PDFDocumentLibrary/SaudiUS_Discord_in_a_Changing_Middle_East.pdf.

—*Artículo recibido: 11 de septiembre de 2019.*

—*Artículo aceptado: 07 de mayo de 2020.*
